



Ese día era el cumpleaños del cocodrilo. Estaba celebrando solo pues tenía muy mal genio y pocos amigos. Sin embargo estaba tranquilo y canturreaba: “Feliz cumpleaños a mí; feliz cumpleaños a mí...” .

En eso alguien llamó a la puerta. “¿Quién podrá ser?”, se dijo. “Yo no invité a nadie”. Al abrir se encontró con un mensajero. Llevaba un enorme paquete.



Alguien le había enviado un regalo. El cocodrilo se puso feliz al desenvolverlo. ¡Era una bicicleta! Pero nuestro amigo no tenía una idea muy clara sobre la utilidad de aquello. “¿Quién me lo habrá mandado?”, se preguntó con extrañeza. Luego observó el obsequio y se dijo: “Mmh, ¿para qué podrá servir?”.



La verdad era que el cocodrilo nunca había visto nada semejante. Lo estuvo observando un rato, lo movió para acá, para allá. “Mmh, ¿para qué servirá?”. No se le ocurría nada. De pronto adivinó el secreto de aquel misterioso regalo. “¡Es un sombrero!”, así que lo colocó sobre su cabeza. “Ya lo sabía... esto es un *sombrerociclo*”, y comenzó a pasearse muy presumido.



Sin embargo el gusto le duró muy poco. Momentos después el cocodrilo tropezó y aquello se le vino encima. “¡Auch!”, gritó al dar contra el piso. Qué catorrazo. Sólo a alguien tan atolondrado se le podía ocurrir ponerse una bicicleta en la cabeza. Entonces nuestro amigo notó algo extraño. Al caer aquello había soltado un sonido, “¡riiin!”, como campanita.